



 **MI VIDA**   
**EN TIEMPOS DE COVID**



UNIVERSIDAD DE COLIMA





# Mi vida en tiempos de COVID

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector

Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General

Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social

Mtra. Ana Karina Robles Gómez, Directora General de Publicaciones

# Mi vida en tiempos de COVID

Relatos ganadores y menciones  
honoríficas del concurso dirigido a  
estudiantes de bachillerato



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© Universidad de Colima, 2023

Avenida Universidad 333

C.P. 28040, Colima, Colima, México

Dirección General de Publicaciones

Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, extensión: 35004

Correo electrónico: publicaciones@ucol.mx

<http://www.ucol.mx>

Derechos reservados conforme a la ley

Publicado en México / Published in Mexico

ISBN: 978-607-8814-60-2

DOI: 10.53897/LI.2023.0006.UCOL



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons , Atribución — NoComercial — CompartirIguual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos:

Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIguual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution — NonCommercial — ShareAlike 4.0 International License.

You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format.

Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution:

You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005

Dictaminación y edición registradas en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Registro: CO-002-22

Recibido: Septiembre de 2022

Publicado: Mayo de 2023

# Índice

6	Prólogo
8	<b>Relatos ganadores</b>
9	Mi vocación nació en pandemia <i>Alan Rafael Anguiano Zavala</i>
13	Un encierro no tan malo <i>Alondra Yadira Barajas Mariscal</i>
17	La herencia de la abuela <i>Carol Sheril Nava Rodríguez</i>
23	¿Qué pasó con Amalia? <i>Luis Alberto Hernández García</i>
27	Mi vida en tiempos de COVID <i>Vera Graciela Hernández Nuño</i>
32	<b>Menciones honoríficas</b>
33	Mi vida en tiempos de COVID <i>Abel Josué Esparza Brizuela</i>
37	El mismo día <i>Ayari Torres de la Mora</i>
40	Mi vida en tiempos de COVID <i>Bárbara Gabriela Magaña Ciprián</i>
44	De dos semanas a dos años <i>Carlos Daniel Guerrero Hernández</i>
49	Tregua y surgimiento <i>María Teresa Gómez Sosa</i>
54	Mi vida en tiempos de COVID ¿quién soy? <i>Rocío Angélica Benítez Aguilar</i>
59	Mi vida en tiempos de COVID <i>Sergio Yahir López Cruz</i>

# Prólogo

**A**cércate. Te invito a conocer un mundo de letras, un mundo de relatos que nos atañen a quienes vivimos la pandemia de COVID, es decir, a la humanidad entera. Mi vida en tiempos de COVID es una compilación de relatos que dejan registro de este acontecimiento histórico. Se trata de textos escritos por integrantes del estudiantado de bachillerato de la Universidad de Colima, quienes con creces respondieron a la convocatoria emitida en 2022 por la Dirección General de Publicaciones y la Dirección General de Educación Media Superior.

Ante tu mirada tienes aquellos relatos que, después de una ardua deliberación del jurado, resultaron seleccionados. Conocerás narraciones que exponen la realidad en su más fascinante y a veces terrible transparencia; o bien, historias atravesadas por la ficción que potencian nuestra capacidad de experimentar el mundo sensible.

En estas páginas podrás sentir a flor de piel la crónica de una familia, a través de la mirada gatuna



del buen Félix, un pequeño minino que es testigo de la lucha contra el virus emprendida por cada uno y cada una de las integrantes del hogar. Como la vida está llena de posibilidades, aquí también encontrarás la historia de quien gracias a la nutrida oferta de cursos virtuales encontró su pasión y futura carrera de estudios.

Este libro es la relación de quienes buscaron cobijo en la filosofía, en la literatura, y con las palabras construyeron un refugio. Relatos que suenan a Vivaldi o Conan Gray. Testimonios que hablan de ansiedad y depresión; es decir, de la importancia de la salud mental ayer, hoy y siempre.

Es, también, la gran historia de la delgada línea del Internet que nos abrió a otras formas de comunicación y que, como estos relatos lo expresan, en muchas ocasiones nos mantuvo en comunión.

Acércate. Tienes ante ti un legado de la memoria colectiva expresada en experiencias individuales. Experiencias como la tuya, la humanidad entera. Acércate. Este libro es para ti.

*Miguel Ángel León Govea*

**Relatos ganadores**

# Mi vocación nació en pandemia

Alan Rafael Anguiano Zavala

**E**l 2020 trajo para la humanidad una pandemia que cambió por completo la vida de todas las personas; en mi caso, al ser estudiante de bachillerato, las clases las tomé desde casa y detrás de mi computadora. Al ser así, los horarios eran dispersos en la semana, incluso había días en los que sólo llegaba a tomar una sola clase, esto quiere decir que tenía demasiado tiempo libre.

Diariamente, me preguntaba ¿qué voy a hacer hoy? mejor dicho, la cuestión importante era ¿en qué más puedo invertir todo mi tiempo libre? Un día por la noche, después de haber terminado todas mis clases y proyectos parciales, estaba acostado en la cama, a punto de dormir, cuando de repente me llegó un mensaje con una convocatoria para hacer un curso virtual sobre sarampión y rubéola, pero nunca me imaginé que ese curso cambiaría por completo mi decisión sobre lo que quería estudiar.



Sinceramente en ese momento me sentía muy cansado como para hacer un curso, pero rápidamente me levanté, encendí mi computadora, abrí el navegador y entré a la plataforma de estudio. Al principio la información era muy técnica y no lograba entenderla muy bien, pero poco a poco las piezas fueron encajando una con otra. Eran casi las dos de la mañana y yo seguí leyendo y viendo los videos que incluía, al mismo tiempo investigaba conceptos que para mí eran totalmente desconocidos, de este modo logré captar toda la información y entender lo que contenía dicho curso.

La felicidad y satisfacción que sentí al terminar y saber que pude comprender la mayoría de la información que estaba recibiendo, llegó al punto de encender en mí la necesidad de seguir formándome en temas relacionados con el área de la salud. Así que decidí hacer cursos en línea, leer libros sobre anatomía y fisiología, investigar sobre temas de interés, básicamente la pandemia fue parte de mi objeto de estudio.

Una noche de insomnio dio respuesta a mi problema de decisiones, mientras daba vueltas en mi cama sin poder dormir; yo mismo me preguntaba: “¿qué quieres estudiar?” y en ese momento llegó la luz a la oscuridad de la confusión.

Entre sueños, por fin logré vislumbrar la escena que dejó más que claro qué es lo que quería hacer en un futuro: me soñé en un hospital, con bata blanca, platicando y riendo con mis pacientes. A la mañana siguiente desperté, pero ahora con la



respuesta que tanto estaba buscando, inmediatamente me di a la tarea de leer la convocatoria para estudiar la carrera de medicina en la universidad a la que pertenece el bachillerato en el que estaba estudiando y, sinceramente, quedé un poco desilusionado, porque mi promedio, a pesar de cumplir con el requisito, seguía siendo algo bajo; además, mi nivel de inglés no era muy avanzado, realmente me entristecí un poco al ver lo que me faltaba.

Después de haber pensado en todo y ver que era muy posible que no me aceptaran en la carrera, decidí esforzarme más para aumentar mi promedio, estudiar y poner más atención en clases de inglés, seguir preparándome con dos años de anticipación para el examen de ingreso y dar el servicio social en el centro de salud de mi comunidad.

Durante el tiempo en el que di mi servicio en el centro de salud, tuve la oportunidad de acercarme de manera más real a la profesión médica. Obtuve muchos conocimientos gracias al médico y a la enfermera de ese lugar, pero lo más bonito y motivador fue ver las expresiones de las personas al notar mejoría en sí mismas y en sus familiares. Es extremadamente gratificante ver la cara de felicidad y agradecimiento que los pacientes tenían hacia el personal, esta etapa de mi aprendizaje me sirvió para confirmar que mi decisión era la correcta.

El resto de la pandemia me dediqué a estudiar más, conocer nuevas experiencias, compartir parte de mi conocimiento con el resto de las perso-



nas y demostrar que, a pesar de mis pronósticos, he podido crecer como persona y como aprendiz de la salud. Hoy en día espero los resultados del proceso de selección de la carrera y creo fielmente en mi potencial y en que mis aspiraciones son tan reales y puras que son la fuente de toda mi motivación.

Esta experiencia me dejó un aprendizaje muy claro y que puede servir a muchas personas: a pesar de las dificultades, opiniones o pronósticos, hay más valor en la intención de superarnos que en los límites que nos imponen.

# Un encierro no tan malo

Alondra Yadira Barajas Mariscal

**P**arece como si fuera ayer: contagios, muertes, pánico, todo en un solo día, así es como me sentía yo, un joven de 12 años que aún no se descubría a sí mismo y que ni siquiera había podido salir del closet con los demás, por miedo a ser juzgado ante la sociedad. Para mí era un alivio no estar en un espacio que fuese tan ruidoso como lo era la escuela, pero no sabía que ese alivio duraría dos largos y duros años, dos años de dolor y de desespero al ver cómo cada día aprendía cosas que no sabía sobre mí, cosas que estaban ocultas dentro de mi duro y feo corazón, cosas que mi propia familia no aceptaba. Fue tanto mi dolor, que me refugié hasta lo profundo de las redes sociales y encontré asilo en amigos virtuales, ellos fueron de mucha ayuda respecto a mi encuentro conmigo mismo.

Alondra piensa: “¿que será este grupo?, dice que me encontraré con personas de mis mismos gustos, bueno, entremos, al fin y al cabo ¿qué puede pasar?”

Esa decisión fue la mejor que pude haber tomado, ahí supe mucho más de personas que tenían



mis gustos, personas que me entendían y que eran igual de “raras” que yo. Ellos nunca me juzgaron, al contrario, siempre me apoyaron cuando más lo necesitaba; con el paso del tiempo se volvieron una segunda familia para mí, una familia que no juzgaba, que te apoyaba en todo momento, me sentía tan feliz. Ahí me enamoré por primera vez de una chica maravillosa, pero ella lamentablemente tenía novia, nunca le gusté, así tuve mi primer fracaso en el amor.

No sabía si era bisexual o heterosexual, no sabía qué era en realidad en ese entonces, ya que era muy inmaduro y no sabía nada sobre mí, ¡ni siquiera era capaz de amarme a mí mismo! Además de haber tenido amistades virtuales, saber quién ciertamente era en realidad, seguía sin saber qué hacer en ese encierro tan aburrido; sin salir, con miedo, y muchas otras cosas que no puedo explicar. Entonces, el 10 de mayo del 2021, recordé muchas cosas de mi infancia que me hicieron descubrir por qué tenía muchas inseguridades y miedos sobre mí, además de que me hizo descubrir por fin mi verdadero yo.

### **Recuerdo uno**

Mauricio: Alondra, ¡atrápalo! —dice pateando el balón.

Alondra: espera, no alcanzará a llegar —grita, cubriendo sus partes.

Mauricio: ¿por qué te tapas?, ni que tuvieras huevos —ríe.



### Recuerdo dos

Abuela María: enderézate como la niña que eres, yo no quiero que estés jorobada.

Alondra: eso intento, pero no puedo —intenta recordar cómo enderezarse.

Abuela María: vete al cuarto, ¡no vuelvas hasta que puedas enderezarte!

Alondra: se va al cuarto para verse en el espejo —¿Por qué tengo estas bolitas en el pecho? —se endereza— parezco niña.

### Recuerdo tres

Abuela María: tú tienes la culpa de que tus padres estén peleando.

Alondra: eso no es verdad.

Abuela María: claro que es verdad, ¡eres una maldita tonta!

Alondra se va al cuarto a llorar.

Fin de los recuerdos.

Alondra despierta y se dice: “¿qué fue todo eso?, ¿caso estos recuerdos fueron bloqueados por mi mente?, ¿fui reprimida por mi abuela?”

Muchas, pero muchas preguntas me hice en ese momento. Pronto descubrí que yo era en realidad un chico y no una chica, y que mi orientación sexual era la demisexualidad.

No tardé en decirle a mi mamá lo que realmente era, tenía mucho miedo de decirlo, imaginé un escenario de ella gritándome: “¡estás confun-



dida, no sabes ni lo que eres!, ¡eres demasiado inmadura para saberlo!” Pero como dicen: “nunca hagas una tormenta en un vaso de agua”, entonces, al armarme de valor y decirle, esperaba una respuesta desagradable, pero no, ella me apoyó, me dio un abrazo y me dijo: “si tú eres feliz así, yo también lo seré”. Entonces fue cuando pensé: “si ella me apoyó, ¿mi abuela también lo hará?”

Así, me volví a armar de valor y le dije, pero no recibí el mismo trato, al contrario, me bombardeó de insultos. Después de eso me eché a llorar, pero ¿quién dijo que una sola persona cambiaría al mundo sólo por ser cómo eres? Ahí fue donde aprendí una cosa, no todo el mundo apoyará lo que piensas.

Pasó otro año y se supone que habría clases virtuales, pero no, jamás las tuve, entró julio y me inscribí a la preparatoria donde estoy cursando actualmente el segundo semestre, y en donde mis miedos e inseguridades ya no me dominan por completo.

Este encierro no fue tan malo después de todo, me ayudó y nos ayudó en muchos aspectos muy importantes. Personalmente me ayudó a aclararme y amarme a mí mismo, a otros puede que les haya ayudado a valorar a la familia, a ahorrar, incluso que nos haya favorecido en muchas cosas, sobre todo en la higiene y en valorar lo buena que es la sana convivencia en familia.

# La herencia de la abuela

Carol Sheril Nava Rodríguez

Una tarde de verano, una joven universitaria volvía de la escuela: Miriam. Cuando llegó a casa encontró a sus padres sentados en la sala esperando su llegada para darle una noticia.

—Hola hija, ¿cómo te fue en la escuela? —preguntó su madre.

—Regular, hay pocos compañeros y nos estamos adaptando poco a poco a la situación con todo esto de las medidas de sanidad —respondió.

Hubo un silencio incómodo hasta que el padre comentó:

—Hija tenemos una situación...— y antes de que terminara el padre, lo interrumpió Miriam.

—Ah ¿sí? ¿y qué es esta situación?, ¿por qué tantas miradas?, ¿qué es lo que está pasando?

Un tanto incómodo, el padre terminó su oración:

—Se trata de tu abuela, como sabes ella estaba delicada, sus pulmones no pudieron dar para más y ella... mmm... ella falleció hoy por la mañana —al decir esto, bajó la mirada.



Miriam procesó lo que su padre acababa de decir, no podía creer que su abuela falleciera, hace un par de días habían compartido anécdotas y momentos juntas.

—Tenemos que arreglar todo para hacer el velorio hoy en la noche, ve vístete y baja a comer algo porque tenemos mucho qué resolver —finalizó su madre.

Miriam subió a su habitación y se duchó. Al salir se sentó a la orilla de la cama, pasaban tantos asuntos por su cabeza que en ese preciso momento no pudo procesar nada. Después de veinte minutos decidió arreglarse, casi toda su ropa era negra, pero odiaba usarla para esa ocasión. Usó un pantalón y un suéter flojo negros, incluso buscó el gorro café con una pequeña florecita rosa que su abuela había tejido para ella.

Ya que terminaron de comer, salieron para arreglar los asuntos correspondientes y después hacia el velorio. Llegaron al lugar donde estaban sus tías, tíos y primos, todos estaban distantes unos de otros, nadie se saludó y había un silencio incómodo, todos usando aquellas mascarillas que impedían identificarse con facilidad.

Miriam observaba a su tío que tenía casi todo su rostro cubierto entre la mascarilla, los lentes y aquellas gorras ridículas que le gustaba utilizar, ocultando la tristeza, aquel que dijo nunca llorar por nada.

Al día siguiente, la familia fue a verificar el asunto de la herencia que la abuela había dejado;



sin embargo, a sabiendas de que era una señora muy adinerada y que tenía muchos terrenos, había personas que ya esperaban su muerte. Algunos no disimularon las ansias de escuchar su fracción de aquel tesoro que su madre guardaba.

—Yo recibiré la mayor parte porque soy la hija favorita de mi hermosa mamita —dijo la menor de los hijos después de un silencio en la habitación.

—Pues no creas que por ser la más pequeña recibirás el mayor beneficio, niña malcriada —señaló Humberto, el tío de Miriam.

La mamá de Miriam, siendo la mayor de todos, decidió poner orden a su avaricia.

—¡Cállense todos! Deberían mostrar respeto ante la mujer que nos dio la vida, ella quería lo mejor para todos y no tenemos derecho a pelear por algo así.

Después de expresar las peticiones que dictó la difunta señora, el abogado terminó por decir que los terrenos se dividirían en partes iguales para sus hijos, la casa para su hija más grande y el dinero iría a la nieta que estuvo presente en sus últimos momentos, y que sabía daría buen uso a ese fondo.

Todos esperaban con ansias escuchar el nombre de la nieta a la que se refería, cuando de repente alguien habló:

—Yo seré esa, porque esta última semana estuve ayudando a la limpieza de su casa —dijo la hija de Humberto. Miriam la miró, pensando en lo interesada que sonaba, pero nadie dijo nada.



Entonces el testador mencionó con las palabras de la abuela: “este último lo dejo para mi querida nieta Miriam”. Todos voltearon a verla y se quedaron sin palabras por un momento.

Ahora estaba más confundida y pensaba “¿cómo es posible que me diera todo su dinero?” se perdió en sus pensamientos, así que decidió salir de ahí, tomar un respiro para despejar todas las acusaciones que tenían sus tíos por la decisión de la abuela. Mientras tanto, dentro de la sala seguían discutiendo aquella disposición de la difunta señora.

—¿Cómo es que ella obtendrá todo ese dinero? Apenas y puede administrar su vida, echará a perder todo el esfuerzo que hizo mi madre para recaudar esa cantidad —dijo la hija más pequeña.

—Creo que ya son bastantes comentarios negativos, Alondra —señaló enojada la mamá de Miriam —parece que a la única que le urge más el dinero es a ti.

—¡Claro! Eso dices porque tu hija es la que obtiene el beneficio, hasta tú vas a salir ganando —replicaba su hermana— ya tienes la casa y ahora el dinero, porque no creo que ella tenga la capacidad de administrar una cantidad así. Reitero, es una muchachita que no sabe nada de la vida, no va a valorar los esfuerzos de otra persona.

—Podrías dejar de decir tonterías— se levantó enojada de su silla la madre de Miriam— mi hija ya es una persona independiente que toma decisiones por sí sola, yo estoy para apoyarla, confío



en que destinará para bien este recurso, es generosa, considero que estuvo más al pendiente de mi madre que yo, incluso más que nadie en este cuarto —expresó con euforia y se sentó.

Luego notaron que Miriam no había vuelto desde la pausa que se tomó. Todo acabó y se retiraron; enseguida, salieron a buscarla afuera del lugar, pero no había rastro de ella. Llamaron, pero no contestó, en casa no se encontraba. Sin embargo, había dejado una nota en el comedor que decía:

“Madre, yo no quiero ningún dinero, todos están disgustados por la decisión. Yo sólo quiero volver a ver a mi abuela, no hay nada más que desearía en este momento y no puedo aceptar que ya no está. Bajo aquel árbol donde alguna vez fuimos de picnic con ella, ahí me encontrarás”.

Entonces fueron rápidamente al lugar mencionado, se apresuraron a llegar ya que temían que hiciera algo indebido y terminara con su vida. Por fin llegaron, Miriam estaba lista para colgarse del árbol, pero todos corrieron para ayudarla. En una gran raíz estaba de pie, pero pronto ya estaban cortando la soga de donde estaba atada.

Entre lágrimas recordaba los últimos momentos en los que estuvieron juntas. Cuando era pequeña sus padres tuvieron complicaciones para mantenerla económicamente, así que se quedó con su abuela un tiempo, quien estuvo al cuidado de ella.

En secundaria cursó por el turno vespertino, el cual le facilitaba acompañarla a sus citas mé-



dicas cada que venía a la ciudad. Cuando estuvo la pandemia y la abuela acudía a sus citas, Miriam estaba en clase en línea, lo cual le facilitó aún más acompañarle.

Recordó todos los momentos en los que estuvo al pendiente de ella, entonces se dio cuenta de que, aunque tuvo muchas batallas, siempre siguió adelante luchando por alcanzar más y que no podía darse por vencida.

Tiempo después, Miriam logró graduarse, fundó un asilo para adultos mayores donde buscaba tratarles con amor, como a su abuela, y aprendió que, como ella y muchas personas, estar mal también está bien, pero siempre hay que trascender y no darse por vencido.

# ¿Qué pasó con Amalia?

Luis Alberto Hernández García

**17 de marzo del 2020**

**H**ola, soy Félix, les tengo que platicar varias cosas sobre mí, pero... ja, miren ¡mi dueña acaba de llegar! Ella se llama Amalia y viene con su madre que se llama Vanesa. Bueno, tengo la obligación de ir a saludar, ella está muy feliz, va a descansar debido a que va a haber un puente que está señalado en el calendario escolar, además de que ya en algunas semanas empiezan las vacaciones de Semana Santa.

Amalia cursa segundo de secundaria en el turno de tiempo completo y como soy su gato me encargo de proteger la casa cuando ella y sus padres no están. Su mamá trabaja en un restaurante hasta las tres de la tarde, mientras su padre, Rodolfo, trabaja hasta las ocho en las oficinas de una agencia de viajes. Él siempre dejaba a Amalia en la escuela y a Vanesa en la puerta de su trabajo donde pasaban varias horas, pero al parecer ahora las cosas serán diferentes.

Acaba de llegar Rodolfo, está muy cansado y la mamá de Amalia ya está llamando para la cena, es



mi momento de brillar. Amalia salió de su cuarto y prendió la televisión, están las noticias, al parecer todos han quedado sorprendidos por una nota informativa que decía: “Gobierno de México declara emergencia sanitaria por epidemia de COVID-19”, claramente se les veía la cara de asombro debido a que nadie se esperaba esta noticia.

Se cancelaron las clases de Amalia, su papá no fue a trabajar una semana debido a las indicaciones de su jefe; su mamá iba a la fonda, pero atendía sólo servicios a domicilio. Yo veo cómo Rodolfo y Vanesa utilizan cubrebocas y el gel antibacterial que está en la puerta de la entrada. De verdad, el olor de esa cosa me da náuseas.

### **25 de abril del 2020. Clases en línea**

Rodolfo se ve muy desesperado, al igual que Vanesa, ellos ya no quieren usar el cubrebocas para ir al trabajo, además de que la demanda de sus negocios no es para nada favorable. Amalia está relajada, pero en su escuela ya van a utilizar plataformas digitales. De verdad ella no tiene conocimientos sobre esas aplicaciones, pero empezará a utilizarlas, le encanta tener videollamadas para las clases y hacer las tareas en digital porque son más sencillas, y ahora me deja subirme a su cama a dormir.

### **20 de diciembre del 2020. Alpha**

Vanesa llegó triste hoy, le comentó a Rodolfo que su madre está contagiada de COVID y que tendrán que cuidarla, esto debido a que ella es su



única hija. Dos días después pude ver cómo tanto Amalia y Vanesa la cuidaban, pero estaba muy grave, a tal punto que necesitaba un tanque de oxígeno para respirar.

La abuela fue internada en el hospital, Vanesa está contagiada junto con ella... horas después le notificaron que había muerto. Lo peor es que ella no podía ingresar al consultorio por las reglas del lugar. Vanesa, con todo su dolor, fue a la casa muy cansada y triste a dar la noticia a su familia. Todos estaban destrozados, pero ya no tenían más remedio que asimilar la situación.

### **29 de octubre del 2021. Delta**

Debido a las grandes restricciones de viaje que se hicieron en los demás países, procedieron a despedir a Rodolfo de donde era empleado, esto fue un gran peso para la familia ya que él era el principal apoyo económico, pero la fonda tuvo que cerrar. A Amalia la veo más apagada, muy apartada de sus amigos y está cansada de estar todo el día encerrada en su casa, sumándole la poca atención de sus padres.

### **15 de enero el 2021. Gamma**

Su padre empieza a tener síntomas leves del COVID, Vanesa tiene que trabajar y a la vez cuidar de su esposo. Amalia está muy triste, porque con su padre ha tenido muchos momentos, la ha apoyado en todo, siempre la ha defendido y cuidado de ella, quiero darle ánimo y decirle que todo estará bien. Lamentablemente Rodolfo muere y Vanesa, que es-



taba con él hasta el último momento, tuvo que ser fuerte para llegar a su casa y decirle a su hija que su padre había perdido la vida. Amalia, al enterarse de la noticia, tuvo un llanto como a mares.

### **30 de diciembre del 2021**

Vanesa está débil, Amalia no puede hacer mucho más que ofrecerle medicamentos, tazas de té y acompañarla todo el tiempo. Días antes se había hecho una prueba y presentaba los terribles síntomas. Hoy Amalia llegó a casa, me dejó comida y agua, se despidió de mí con lágrimas en sus ojos... yo me cuestioné qué habrá pasado con su madre, por qué ella se fue. Un agente me vio en la casa, él hizo una revisión del inmueble, se compadeció de mí y me adoptó, ahora vivo con él.

### **15 de febrero de 2022**

La extraño mucho; además, sé que ella igualmente me extraña, espero que esté bien y sepa que yo la sigo recordando y preguntando ¿qué pasó con Amalia?

Han pasado casi dos años y ahora estoy aquí, viendo cómo todo toma su curso y poco a poco volvemos a la normalidad.

# Mi vida en tiempos de COVID

Vera Graciela Hernández Nuño

**N**unca creí que algo así pasaría en el mundo, pero, aproximadamente tres meses después de que el COVID llegó a México, mi esposo se contagió de ese virus. Todos, especialmente yo, teníamos muchos cuidados con la higiene y la limpieza, ¡desinfectaba todo! Cada cosa que comprábamos, evitábamos salir y nos resguardábamos en casa.

Un día mi esposo se sintió como resfriado, con dolor muscular y un poco de cansancio. Durante la tarde le comenzó una crisis, la cual no le permitía respirar, ¡fue terrible! Me asusté mucho. Intenté localizar a un neumólogo para llevarlo a revisión. Empecé a marcar por teléfono y ninguno tenía espacio para consulta, hasta que por fin di con una doctora con la que pude hablar directamente. Ella me acomodó un espacio, ese mismo día se hizo todo: la cita con la neumóloga y los estudios; allá vamos los dos muy nerviosos, subimos al segundo



piso de la clínica donde estaba el consultorio y esperamos unos minutos para que nos pudieran pasar, nosotros aún cuidándonos de no contagiarnos del virus, sin saber que ya estaba dentro de nosotros. Por fin, toca nuestro turno para entrar con la doctora, tomados de la mano y él ya con un poco menos de fuerza en el cuerpo.

Entramos, le dimos las tomografías a la doctora y en cuanto las vio nos dijo: “su esposo tiene COVID”. Empezó a tomarle la oxigenación y dijo: “ya está muy bajo”, teníamos tanto miedo, se habían escuchado tantas cosas... que en el IMSS si los internabas los mataban, o que en otros lugares la hospitalización era carísima y aparte no había medicamentos. ¡Oh, Dios mío! Fue terrible, tenía tanto miedo, me pasaron tantas cosas por la mente, tanta gente que estaba muriendo por esta terrible enfermedad. Mi esposo ya contagiado... pensé en mis dos hijas, en mí, en que si yo estaba contagiada ¿quién las iba a sacar adelante?, ¿quién iba a cuidar de ellas? ¡Dios mío!

La vida se me iba, me sentía desmayar, pero también tenía que estar como un roble para darle fuerzas a él, que en ese momento fue como echarle un balde de agua fría. Pasaba y pasaba saliva, no lo podíamos creer, era como pensar que eso no nos estaba sucediendo. Ambos guardamos silencio, nos miramos a los ojos con ganas de decir todo, pero nuestras gargantas no lo permitían.

La doctora en ese momento nos dijo que era importante internarlo porque su saturación estaba



muy baja y podría darle un paro respiratorio. Había un silencio total entre él y yo.

Al llegar a urgencias lo internaron y sólo nos dimos un abrazo, me llené de miedo porque no sabía si lo volvería a ver; no sabía si eso iba a ser una despedida. Dios nos dio la fuerza y la fe para poder enfrentar esto. En ese momento sentía que las fuerzas me vencían. En lo que esperaba que me tomaran sus datos, había momentos que no aguantaba más y me metía al carro a llorar con todas mis fuerzas. Mi familia me hablaba por teléfono queriendo ir a acompañarme en ese periodo tan difícil, pero desafortunadamente era arriesgarlos también.

Pasé momentos muy complicados ya dentro de las instalaciones del IMSS, aguardando noticias de mi esposo, la espera se me hizo muy larga; la trabajadora social salía a cada rato y buscaba a familiares para darles la mala noticia de que su paciente internado había fallecido de COVID. Esta enfermedad es muy triste y de mucha soledad porque, aunque quisieras tener a los seres más queridos de tu vida, no se puede, porque los arriesgarías al contagio.

En la madrugada de ese día que dejé a mi esposo, regresé a casa con mis dos hijas, totalmente desconsolada, muy triste y con miedo hasta de abrazarlas porque, si yo también traía el virus, podía contagiarlas. Empezaron a transcurrir los días y verdaderamente tuve muy poca información de cómo se encontraba; no podía hacer nada, las ho-



ras se hicieron muy largas, buscaba tener información de mi esposo acercándome a conocidos que trabajaban en el mismo instituto, con la intención de hablar con los doctores para ver qué era lo que necesitaba, y si es que no tuvieran el medicamento, hacer todo lo posible para tratar de obtenerlo, por el bien de la salud de mi esposo.

Después de tres semanas la tortura se acabó y en ese momento entendí, comprendí y di gracias a Dios por todas esas personas que se acercaron para brindarme su ayuda de una u otra forma, tanto económica como moralmente. Mi esposo regresó a casa con un tanque de oxígeno y su recuperación duró tres meses, aunque fue muy lenta, su salud iba mejorando

A partir de ahí, de esa lección de vida, toda la familia valoramos aún más todo lo que hacíamos día a día, que antes ya no le dábamos importancia. Vimos que tenemos que vivir como si fuera el último día de nuestras vidas y que lo que hagamos debemos hacerlo con entusiasmo, pero, principalmente, porque te nace del corazón.

Me di la oportunidad de hacer algo que tenía años queriendo, me apliqué y logré entrar a estudiar al bachillerato semiescolarizado, con muchos miedos, mucha incertidumbre. Me costó un poco, pero ahora con orgullo les puedo decir que lo logré y lo he hecho con el apoyo de mi familia, sobre todo, ¿por qué no? de la dedicación y del esfuerzo que le he puesto, esas ganas de querer retomar ese tema que tenía olvidado: estudiar...



Hoy le he dado un giro a mi vida con nuevos pensamientos, proyectos e ilusiones. De hecho, ahí mismo en la Universidad de Colima, tuve la oportunidad de tomar clases de natación y esforzarme mucho. Lo único que les puedo decir ahora es: ¡meta cumplida!

El COVID dejó muchos estragos; sin embargo, también nos hizo valorarnos unos a otros, tanto como familia, amigos y como personas. Ahora no dejo de sentirme nostálgica cada que recuerdo aquellos momentos críticos, pero también los valoro y, hoy por hoy, trato de vivir cada día que pasa llena de mucho amor, de ilusiones y de proyectos.

Todo fue una lección de vida para valorar lo que tenemos y lo que somos, que no podemos estar sentados esperando que las cosas nos caigan del cielo, cuando nosotros somos los que debemos buscar nuestra propia felicidad, nuevas metas, nuestros propios logros. Quizás esto fue como una pesadilla y esa pesadilla provocó que muchos sueños se volvieran realidad...

**Menciones honoríficas**

# Mi vida en tiempos de COVID

Abel Josué Esparza Brizuela

**E**sto comenzó hace dos años y, como a muchos, este suceso me tomó por sorpresa. Tanto la pandemia como el aislamiento, ambas fueron noticias que al principio no podía creer. Me dije: “cómo algo así puede estar pasando en estos momentos y que genere tales repercusiones en la educación”. Pero, como todo esto fue un pensamiento automático, vi todo desde un punto muy ignorante, sin darme cuenta de lo que se venía y de los problemas que las personas tendrían que pasar. Entre ellas me encontraba yo.

Ahora bien, todo comenzó un día normal de clases. Recuerdo con mucha claridad que justo ese día me despedí como siempre de mi compañero, jamás me hubiera imaginado que no lo vería en más de un año y medio. Ese recuerdo me acompañó en todo el tiempo de confinamiento que estuve en mi hogar, claro, sin interacción social, ni con amigos ni compañeros.



Fue por medio de internet que la escuela dio el informe de que se aplicarían las clases virtuales, (clases impartidas por medio de videoconferencias). Esto comenzó a complicar las cosas, ya que de esta manera no era muy cómodo. Después de un tiempo de estar así, decidí salirme de estudiar por un año, hasta que las cosas mejoraran y yo pudiera aclarar bien mis ideas. De inmediato me puse a trabajar. Tuve muchos trabajos en todo ese lapso de tiempo y, a su vez, cada uno de ellos fue más duro y difícil que el anterior.

Desde luego que cosas así te cambian la vida de golpe, ya que en mi entorno podía ver cómo muchos negocios, tiendas, lugares de diversión e incluso templos en donde las personas buscaban ayuda de un ser superior, eran cerrados de manera espontánea. La vida de las personas se vio en un entorno oscuro y degradante; vida de la cual no pudieron escapar sino hasta dos años después.

Ahora bien, entré en un estado de análisis en el cual buscaba una razón de ser y por qué tenía que seguir adelante; una cosa que me quedó bien clara del trabajo es que nada en esta vida es fácil de obtener y, si no es así, es porque no hiciste las cosas por ti mismo.

Pude apreciar todavía más el valor de las cosas y de lo que mi madre hace por mí todos los días, me dije: “¡hey! no lo hagas por ti, hazlo por ellos, para que puedan sentirse satisfechos con lo que llegues a ser”.

También aprendí a quererme un poco más, y a



cuidar a mi cuerpo. Por un tiempo estuve leyendo de filosofía, en especial a los pensadores de la antigua Grecia, como lo fueron Sócrates, Platón, y también Galileo. Muchas de sus frases tienen mucho que ver con el día a día de cada persona y cómo simples hábitos y pensamientos te pueden hacer una mejor, más fuerte, inteligente y saludable persona.

Una frase que me marcó y me ha ayudado mucho en mi crecimiento interior es la que dice: “qué desgracia es para un hombre envejecer sin antes haber conocido la fuerza y belleza de la cual su cuerpo es capaz”, de Sócrates. Esta simple y sencilla frase me ayudó a entender que, aunque en este mundo sólo soy un puñado de partículas en un vasto universo infinito, tengo que esforzarme y darlo todo en la vida para, por lo menos, hacer que lo que haya pasado con anterioridad valga la pena y pueda dejar mi pequeña huella en este mundo, haciendo la diferencia.

Con todo esto entendido y teniendo bien en claro que no tengo que perder el tiempo, con los recursos económicos de mi trabajo pude reingresar al bachillerato, ya con las cosas más estables. El mundo a mi alrededor se estabilizaba de una mejor manera: aquellas personas que veía preocupadas me demostraron que no te tienes que dar por vencido en esta vida de una manera tan fácil, no hasta cumplir tu propósito. Superar cada uno de tus límites y dar todo lo que tienes como persona; aprender, construir, enseñar, crear, y guiar a



las personas que lo necesiten, así pienso yo, y lo haré sin importar qué tan loco suene esto.

Cada persona tiene una forma distinta de pensar, pero hay algo que nos une a todos sin importar de dónde o quiénes seamos. Somos humanos, simples seres que vagan por el mundo con la esperanza de poder cambiar algo, de vivir una vida plena y placentera, pero esto nos tomará mucho tiempo y esfuerzo, mismo que yo pienso sacrificar para obtener lo que deseo. Es la naturaleza de los humanos el querer más y obtener bienes para ti mismo, logrando a su vez que todo surja como quieres.

¿Podemos considerar que esta pandemia fue un enemigo? No lo creo, para mí no es así, al contrario, fue un héroe que nos ayudó a ver muchos de nuestros errores. También a ver las cosas en las que tenemos que mejorar y cómo podemos hacerlo, poner nuestra parte y, claro, nos enseñó que no importa qué tan oscuro esté todo, qué tantas pérdidas hayas experimentado, el sol siempre vuelve a salir.

# El mismo día

Ayari Torres de la Mora

*1,658 casos activos, 2,216 defunciones  
y 26 casos sospechosos...*

**Y**a no sé cómo sentirme cada que veo las actualizaciones sobre el COVID, ¿me siento triste? ¿será que me da igual? No quiero que me sea indiferente, pero mis propios sentimientos me parecen ajenos y la línea entre querer regresar a la normalidad y no existir se vuelve borrosa. Desayuno sin ganas y comienzo mi día, limpio la casa, o al menos lo intento. No tengo ganas. Hago ejercicio, con la esperanza de que eso me haga sentir algo diferente; todos los días lo espero y nunca pasa. Copio la rutina de la mujer sonriente del video. Quiero ser como ella. ¿Será que necesito más rutinas? ¿envidia su cuerpo o su capacidad de mantener la sonrisa? No siento que tenga razones para sonreír, pero supongo que sí, la envidio un poco.

Son las 10:00 pm, esperaba que fuera más tarde. Abro Classroom y veo varias tareas marcadas con rojo y con la leyenda "Sin entregar". Me hace sentir mal, pero es que ya no puedo más. . . o al



menos así es como me justifico a mí misma. Mi mamá cree que sigo igual y no la culpo, debe ser difícil imaginar que tu hija de calificaciones perfectas lleva semanas sin entregar tareas. Yo tampoco lo imaginaba. Ni siquiera son tareas difíciles, estoy segura de que ninguna me toma más de una hora. Mi problema es empezar. No sé cómo hacerlo, pero al igual que los días anteriores lo intento. Me siento frente a la computadora, voy por mis cuadernos, leo las instrucciones... me quedo en blanco. Y lloro.

Ya es hora de comer. Pongo la mesa y mientras mi mamá sirve la comida enciendo la computadora y busco el capítulo de la novela que ayer dejamos a medias. Es lo único que ha mantenido mi interés por más de 10 minutos. Terminando la comida, mi hermano me pide que juegue con él. Quiero negarme, pero él no tiene la culpa de que yo no pueda avanzar con mi vida y pretender que todo es normal.

Despierto en el sillón, ya es de noche y mi hermano ya no está jugando. No recuerdo en qué momento me dormí, pero me temo que para mi hermano soy una horrible acompañante. Cada vez lo decepciono más y no sé cómo no hacerlo. Me da miedo estarlo dañando, pero él no lo ve así, también me da la sensación de que para él sigo siendo la misma de hace un año, ojalá tuviera razón. Ojalá todos la tuvieran.

Son las 00:49, al fin parece que se acaba el día. Entro a WhatsApp, ignoro los cientos de mensa-



jes que tengo pendientes de contestar y veo los estados de mis contactos. Mis excompañeros de secundaria se ven felices en sus fotos, en algunas salen tomando con sus amigos, en alguna fiesta o sólo ellos tomándose una foto en el espejo. ¿Por qué salen? Siempre que veo sus estados me pregunto lo mismo: ¿cómo tienen energía para salir? ¿con qué descaro lo hacen si hay más casos activos que nunca?

No sé cuántas horas llevo aquí, dando vueltas en mi cama, mientras la misma canción se repite. Ni siquiera puedo quitarme el aburrimiento viendo videos, mucho menos leyendo. Ya no lo tolero. Quiero dejar de pensar. Quiero dormir.

*2,088 casos activos, 2,216 defunciones  
y 46 casos sospechosos. . .*

# Mi vida en tiempos de COVID

Bárbara Gabriela Magaña Ciprián

**H**ola, mi nombre es Gabi. Recuerdo cuando antes de la cuarentena vivía mi vida de lo más normal en la prepa y fuera de ella. Cuando nos enteramos de la pandemia del COVID-19, mi grupito de amigos y yo no le tomábamos importancia y bromeábamos sobre eso; pasaron pocos días y se suspendieron las clases, fue algo inesperado, pero nos alegraba porque no tendríamos clases. Inició por unos 15 días, según recuerdo, después pospusieron el regreso, una, otra y otra vez; no teníamos respuestas, pero tampoco le di importancia, las cosas se pusieron demasiado complicadas y la gente se empezaba a asustar, porque fue un golpe muy drástico.

El mundo entero tuvo que iniciar una cuarentena obligatoria, todas y todos nos tuvimos que alejar de nuestras rutinas, de los amigos, para encerrarnos entre cuatro paredes. Al principio todo bien, pero después empezamos a sentir la soledad y tristeza. La relación con mi familia fue “mejoran-



do”, todo el tiempo eran peleas, no lo soportaba; después, estando más tiempo juntos nos hicimos más cercanos, creamos un lazo, teníamos días de películas, días en los que teníamos una comida en específico y muchas cosas más. A Pirru, mi perro, y a mi hermano Alejandro fueron a los que más les ayudó la cuarentena.

El regreso inesperado y poco afortunado para mí fue el de Camila, una gran amiga, por la que sentí la letra de la canción llamada “*The story*” de Conan Gray. La vez que tocó el portón de mi casa escuché el ladrido de Pirru y salí a ver, estaba Camila tan bonita como siempre con su pelo corto y ondulado, utilizando los *converse* que llevó a la graduación, tan hermosa. Pero sólo nos pudimos ver un día, justamente ese día no tenía dinero para nada, aunque a ella no le importó, se había escapado de su casa en la tarde y fuimos al parque al que solíamos ir cuando salíamos temprano de la secundaria, o a las seis de la mañana antes de entrar para observar las estrellas. Fue genial hablar de nuevo.

Después de ese día nos dimos un abrazo y prometimos mantener el contacto, pero no fue por mucho, al poco tiempo ella consiguió novio por los prejuicios. No la juzgo, también pasé por lo mismo. Fue hermoso verla, aunque fuera sólo un día.

A finales del 2020 me hice amiga de un grupo de personas en internet, fue lo mejor que me pasó, éramos seis, todos de distintos lugares: Alondra, de México, es doctora y actualmente se encuentra en Canadá por un doctorado; Sara, estudiante univer-



sitaria estudia una ingeniería; Joshua... realmente no supe mucho de él, era muy reservado pero era un buen escritor; Rory o Kengkla, estudia algo así como química, se dedicaba a viajar y actualmente lo hace, es una gran pintora, hace unos cuadros increíbles; fue una gran amiga y me ayudaba con mis tareas de matemáticas y de probabilidad. Y Damairus, Hades, Rubí, esa chica tenía miles de nombres, un día podía tener uno y al día siguiente otro. Ella fue una de las personas con las que me divertí bastante.

El grupo era de series y mangas, nosotros compartíamos todo ese contenido a través de un grupo de Facebook o en WhatsApp. Llegamos a crecer demasiado, tanto que empezamos a buscar a más personas para que nos ayudaran a administrar el grupo. Pero toda aventura tiene su fin, éste llegó a inicios del 2022 y se terminó todo, poco a poco fuimos dejando de tomarle importancia a esto, pero seguía en contacto con Damairus; ella fue la que más me apoyó.

Hay algo a lo que le tengo mucho amor-odio y eso es mi problema con la comida, tenía un peso correcto, pero me sentía “gorda”. Empecé a hacer ejercicio, bailar, quemaba calorías, empecé a comer una vez al día, tomaba muchas bebidas energéticas, eso se sentía bien. Entré en una depresión horrible, realmente no sé cómo fue que inició, pero no quiero volver a vivirlo, pasaba días sin comer, lloraba constantemente y no sabía cómo detenerlo, mucho menos cuál era la causa.

No confiaba en nadie para poder contarle cómo me sentía y dejé que todo siguiera, pensa-



ba que con el tiempo se iría ese sentimiento, pero no fue así, aquí sigue. Cuando por fin decidí salir y buscar ayuda la encontré en la Iglesia; la madre Ana fue la que trató de ayudarme a salir de la depresión, pero no se logró. Me animaba bastante el que me incluyera en las actividades del grupo juvenil, pero no podía realizarlas, me asfixiaba tanto estar con muchas personas y más de mi edad, pero sí me divertí bastante con ellos.

La madre Ana me ayudó a conseguir ayuda psicológica, para eso hablé con mis padres, ese día lloré tanto. Aún recuerdo estar sentada en el comedor mientras mi padre me escuchaba y me miraba como una ridícula y mi mamá sin expresión alguna. Mis hermanas me miraban de la misma manera, excepto Anahí, mi hermana menor, ella comprendía cómo me sentía. Mi padre aceptó que me dieran ayuda psicológica, realmente me alegré. Después llegó el día de la cita para que firmaran el permiso, pero mi papá se negó y lloré mucho, yo realmente quería ayuda, porque sabía que no estaba bien. Creo que desarrollé un tipo de bulimia, engordé en cuarentena, no se notaba, pero yo sí lo sentía, me empecé a limitar y me daba asco mirarme al espejo o verme en fotos, tenía atracones de comida y después dejaba de comer por días, había días en los que me provocaba el vómito. Hubo más momentos malos que felices, pero todos son una lección de vida.

# De dos semanas a dos años

Carlos Daniel Guerrero Hernández

**T**odo cambió el 11 de marzo de 2020, aún recuerdo las últimas palabras que les dije a mis amigos. A mi amigo Manuel lo último que le comenté fue: “te traes tu balón mañana para jugar en el receso”. A mi amigo Alejandro: “te mando mensaje al rato para jugar *Free Fire*”. A mi amigo Fernando sólo le dije: “me pasas la tarea, que yo te pasé la anterior”.

Fue un lunes. Bien recuerdo que la escuela dio el comunicado de que se suspenderían las clases por dos semanas por precaución a lo del virus y lo que podía pasar. Lo primero que pensé fue: “qué alegría, vacaciones”, pero después nos fuimos de dos semanas a dos años.

Pasaron los primeros tres meses, lo que se tenía pensado que tomaría para que acabara todo. Pero seguía el temor de que esto no terminara y se convirtiera en algo más grave, y mi preocupación aumentaba, ya que no quería perder a ningún familiar. Ya se había dicho que el virus era letal en las personas más vulnerables y me preocupaba



por mis abuelos. Tenía mis planes antes de todo, convivir más con mis amigos, salir con mi familia y hasta tener una relación. Pero todo se desmoronó por culpa de la pandemia.

Al principio seguía saliendo, no con la misma frecuencia ni con la misma libertad y no me juntaba con nadie. Dejé de hacerlo cuando se enfermó mi abuelita, solamente fue un susto ya que no era ese tal COVID-19, pero con eso tuve para que mi preocupación aumentara. Pasaban los meses y mis esperanzas de volver a la vida normal bajaban, sólo me la pasaba aburrido en mi casa. Duré tres meses sin prestarle atención a la secundaria ya que no dejaban tarea ni hacían reuniones virtuales. Fueron muy aburridos esos meses... hasta que entré a la prepa, era una cosa muy distinta, ya que ahí sí se tomaban la nueva modalidad de estudio muy en serio con las clases en línea.

Los primeros meses yo tenía algo de esperanza de poder hacer amigos, aunque fuera por WhatsApp, pero nunca logré nada, ya que parecía que a mis compañeros de grupo se les había olvidado cómo socializar. Me di por vencido, no traté de convivir, mis días se volvieron muy simples, hacía lo mismo todos los días: dormirme a las tres o cuatro de la mañana, levantarme a las ocho para mis clases, dormir en la última clase, desayunar, volverme a dormir y después estar en el teléfono el mayor tiempo posible... y así todo el tiempo.

Hubo momentos en los que me sentía solo, sin ganas de nada, creo que a todos nos afectó de



esa manera “sentirnos solos, aunque tengamos a alguien”. Extrañaba salir a jugar, hacer amigos, ir al cine... ¡extrañaba muchas cosas! Pero, aunque quisiera salir no podía, ya que todo estaba cerrado, cines, plazas, restaurantes, tiendas, bancos, lugares para pasar el rato, etcétera. Cerraron todo cuando declararon que oficialmente estábamos en “pandemia”.

No dejé que eso me siguiera afectando y me preocupé por cuidar a mi familia, apoyarlos, acostumbrarme a la modalidad de mis clases y tratar de superar todo.

Hice bien en no exponerme, ya que yo nunca me contagié, pero algunos familiares no tuvieron tanta suerte. El primero fue mi tío, se la pasaba acostado, con temperatura, le dolía el cuerpo, no podía hablar, por suerte no tenía ninguna enfermedad respiratoria que se le pudiera complicar. La segunda fue mi mamá, ella era la que más se exponía ya que trabaja en una farmacia, le dio diferente ya que no siempre eran los mismos síntomas, vomitaba, le ardían los ojos, no podía respirar, y le dolía el cuerpo. La última fue mi tía, a ella no le afectó tanto ya que sólo le dolía la cabeza y un poco el cuerpo. Esos fueron los contagiados en mi familia en el año 2020.

Para esto, los contagios habían disminuido, la gente que se curaba había aumentado, pero desgraciadamente las muertes se habían acumulado. A causa de todo eso, mi familia estaba doblemente preparada, con muchos cubrebocas, sanitizantes,



gel antibacterial, papel de baño. Hicimos bien en prevenirnos ya que eso nos ayudó a no exponernos y no nos contagiamos más. Después, mi preocupación eran mis estudios, ya estaba en segundo semestre y sentía que no me acoplaba con las clases. Me costaba algo de trabajo entender los temas y a los maestros, pero no quedaba de otra más que esforzarme.

El mes que sufrí más fue en diciembre, ya que no pude ver a toda mi familia reunida para la Navidad y supuse que el año que venía también iba ser igual. Para mi sorpresa ya había una vacuna y ya estaba 100% confirmado que funcionaba.

En 2021, no recuerdo muy bien el mes, las primeras vacunas llegaron a México y a otras partes del mundo. Recuperé un poco de fe, pero la esperanza no, hasta que dieron la noticia de que había la posibilidad de regresar a la escuela, gracias a que la vacuna sí funcionaba, pensé: “qué emoción, ya veré a mis compañeros”, aunque no conocía a ninguno.

Se dio la oportunidad de ir a la escuela y ver a mis compañeros, pero como toda persona tímida que soy no le hablé a nadie. No tenía tanta oportunidad de convivir con ellos ya que nada más los reconocía por el nombre y también iba una vez a la semana a la prepa, ya que únicamente iba a la materia que lo requería.

Las cosas mejoraron cuando la mitad del grupo ya tenía que asistir toda la semana, esto como método de prevención. Y ahí fue donde conviví más



con ellos, empecé a salir, volví a reír y a sentirme completo otra vez, ya que por fin todo había vuelto a la normalidad; con la condición de utilizar el famoso cubrebocas, al que prefiero seguir llamando bozal.

# Tregua y surgimiento

María Teresa Gómez Sosa

**S**e podría decir que la tarde en que se dio la noticia se cerró una sentencia. Al principio lo vi como una oportunidad, la escuela en aquel entonces estaba siendo una cárcel más que una salida y, si bien se dice que la escuela es un escape del hogar... para mí era lo opuesto. Así que la sonrisa y el alivio que me embargaron cuando se avisó a la comunidad de estudiantes que no volveríamos a las aulas por un tiempo, fueron reales. Como persona introvertida, era una oportunidad de descansar. De apartarme un momento del mundo.

Sin embargo, no contaba con que ese tiempo del cual estaba celebrando se alargaría, se extendería hasta que no pudiese verle fin. En aquel entonces dejé que el tiempo pasara, viendo la cuarentena como una oportunidad para darle prioridad a actividades que había dejado en segundo plano y que ahora quería retomar... eso fue en las primeras tres semanas. Después, ya no se trató de sólo unas semanas. Y mientras el reloj seguía girando, y en el calendario había más días tachados, yo seguía observando cómo los meses caían.



No era consciente de que apartarme así, no era lo que realmente necesitaba. Con el aislamiento, sombras comenzaron a tomar forma tras mi espalda, creciendo cada día que pasaba en el ambiente familiar, que por aquel tiempo no sabía qué tan inestable era, hasta que el tiempo me mostró la verdad. Ahí, comprendí que la frágil plataforma a la que nos estábamos aferrando, aquella que llamábamos “familia” y que tanto amábamos, estaba a nada de caer. No quería que eso sucediera.

Y por ese amor intenté hacer lo más tonto y, a la vez, lo más noble que se me ocurrió en aquel entonces: intenté ser el soporte de esa plataforma. Cargué sobre mis hombros culpas y sentimientos que no me correspondían. En las noticias, en las redes, escuchaba de personas que perdían día con día a sus familiares, a sus seres queridos. Yo no quería perder a los míos, pero no era consciente de que mientras soportaba todo aquel peso, aquellas sombras habían terminado de aparecer, reforzadas con la responsabilidad que había tomado sin pensar en mí. En lo que me haría.

Ansiedad apareció primero. Pude sentirla aferrarse a mi pierna mientras sostenía lo que más quería. Subía y subía, mientras Miedo susurraba en mi oído que no iba a lograrlo, que no había nada que yo pudiese hacer para salvarlos. Pero soporté.

Después, mi madre y padre enfermaron de COVID, aquello que temía y que Miedo no paraba de repetirme día con día cuando los veía salir a trabajar, se hizo realidad. Entonces, Paranoia apa-



reció diciéndome que fue en vano el esfuerzo que había hecho, no había podido protegerlos. Pero, nuevamente, volví a intentarlo. Y durante aquel momento me dije: “no importa, no dejaré que me los quiten”. Así que no desistí y cuidé de ellos, mi padre se recuperó pronto, pero mi madre... Paranoia solía sentarse conmigo por las noches, diciéndome que mientras yo durmiera, ella se iría. Así que no dormía.

Acompañada de Ansiedad, quien no dejaba de aferrarse a mí, Miedo me observa desde una esquina, como si al hacerlo estuviese corroborando lo que Paranoia me decía. Y mientras eso pasaba, la plataforma seguía tambaleándose. Yo sólo podía pedirle a Dios que me diera las fuerzas que necesitaba para soportarlo, para seguir luchando. Pero los desafíos seguían llegando: Soledad apareció, diciéndome que en esos momentos en que luchaba aquellos que yo llamaba amigos me habían dejado. Susurrándome en el oído que mientras ellos seguían hablando y preocupándose por los demás, a mí me habían olvidado.

Mi futuro surgió también como un problema cuando las clases en línea comenzaron, ahogándome en mi dolor al sentirme confundida con las clases, viéndome bajar desde todo lo que había progresado hasta caer en un espiral de incertidumbre. ¿Qué iba a ser de mi futuro?, ¿qué sería de mí después de esto?, ¿la pandemia tendrá fin?, ¿voy a lograrlo?, ¿mi madre podrá recuperarse? Horas de sueño que escapaban de mis manos, noche



tras noche acompañada de ellas, aquellas sombras que se habían apoderado de mi vida.

Mientras veía a mi padre más preocupado por su trabajo, a mi hermana muy distante por problemas de los que no sabía cómo ayudarla, y mi madre enferma. Frustración me abrazó un día, mientras observaba cómo mi madre se veía más desmejorada y dijo: “no está funcionando, no lo estás haciendo bien”. Pero entonces, un día, cuando observaba las manecillas del reloj seguir girando, me di cuenta que el mundo y la vida seguían avanzando. No importaba si había una pandemia, o si miles de personas morían, el tiempo seguiría avanzando y dejaría atrás a los que se rindieron.

Entonces, me di cuenta de mi situación: mientras sostenía a mi familia en un intento de ser una especie de Atlas y aguantar con el peso del mundo, de mi mundo, yo me estaba perdiendo. Fue así que observé a aquellas sombras que me sonreían, no sabían que por fin había comprendido que si éramos una familia todos aguantarían por igual, así que dejé de sostener la plataforma y me enfrenté a ellas.

Abracé mis miedos y los superé, valoré mis esfuerzos y mi tiempo y Frustración se evaporó entre mis manos. Entendí que lo real es sólo lo que yo veo, no lo que mis miedos querían que viera y no hubo lugar para Paranoia. Miré a mí alrededor y comprendí que estaba rodeada de personas que me amaban y, al parecer, Soledad lo comprendió también... porque no volví a verla.



A partir de aquel momento sólo fuimos Ansiedad y yo. Sabía que derrotarla no sería fácil, así que le di una advertencia: que no me iba a rendir y que lucharía para vencerla. La pandemia me dio una lección, el tiempo no iba a esperarme. Así que decidí vivir, vivir el hoy y luchar, para poder luchar por los que quiero. Para vencer la sentencia de lo que el confinamiento me dejó.

# Mi vida en tiempos de COVID ¿quién soy?

Rocío Angélica Benítez Aguilar

**T**odo estaba fuera de sí, el viento soplaba con mucha fuerza, el silencio reinaba en todo el lugar y la oscuridad se encontraba en aquel pequeño cuarto que estaba al final del corredor. En este momento tendrán algunas preguntas, mismas que tiene Ethan; por la mañana estaba tranquilo desayunando y escuchando un clásico de Antonio Vivaldi, *Storm*, cuando golpearon con fuerza la puerta de su casa y, después de un rato de forcejeo, ahora se encontraba en este pequeño cuarto oscuro o, mejor dicho, en una celda.

¿Qué había hecho Ethan? Era una de las preguntas que se hacían las personas cercanas a él, durante toda su vida había mostrado ser un buen chico, amable, dedicado y, sobre todo, muy protector con su madre, aquella mujer de rasgos tan delicados, cabellos de un color cobrizo y unos ojos



tan azules como el mismo océano, que había fallecido en circunstancias muy dudosas dos días antes del arresto de Ethan. Para todos él era inocente y él mismo negaba haberla asesinado, jamás podría, amaba a su madre tanto que habría hecho cualquier cosa por ella, pero él estaba tan jodidamente enfermo...

Las ruidosas carcajadas del chico sentado en su celda se lograban escuchar por todo el lugar mientras se repetía a sí mismo, con una sonrisa enorme plantada en su rostro, que había hecho bien, que disfrutó el olor a sangre filtrarse por sus fosas nasales y la textura de ello en las yemas de sus dedos. Él había prometido cuidar a su madre, pero fueron viles puñaladas por la espalda las que obtuvo la mujer, como rompimiento de aquella promesa de madre e hijo.

¿Por qué Ethan lo hizo? Nunca lo sabremos, ya que esa misma mañana cuando sus carcajadas dejaron de resonar, aquel chico terminó quitándose la vida al ahogarse con unos pequeños objetos que había ocultado en su abrigo. Pero es más importante recordar que él nunca fue inocente, que nunca fue un buen chico, que jamás mató a su madre y, sobre todo, que Ethan jamás existió.

Supongo que en este momento tendrán muchas dudas, como afirmé al inicio, pero sólo queda decir que yo soy la creadora de Ethan. Él es un personaje que imaginé de pies a cabeza durante el confinamiento y es parte de una novela que estoy escribiendo.



Recuerdo cuando empecé a cuestionarme ¿quién era yo?, ¿cuáles son mis habilidades?, ¿qué me gustaría hacer en el futuro? Pero esto sólo era el comienzo de un gran viaje para mí. El COVID es una enfermedad que nos golpeó de manera repentina, descolocando todo a nuestro alrededor; el miedo, pánico y misterio abundaban en estas cinco letras dejando emociones en todos nosotros.

Al estar en confinamiento creí que todo pasaría muy rápido, pero fue lo contrario. Entré en cuarentena por primera vez cuando estaba cursando mi segundo semestre de bachillerato, pero después todo se extendió, en un abrir y cerrar de ojos ya había pasado más de medio año, haciendo que mis nervios aumentaran al preguntarme a mí misma qué era lo que quería estudiar.

Por supuesto que no sabía bien en ese momento qué era lo que me gustaba o disgustaba, pero veía a mi alrededor que la mayoría de mis compañeros ya sabían qué profesión elegir, haciendo que mi ansiedad aumentara.

Un día, a finales del 2020, recuerdo estar sentada enfrente del librero de mi hermana cuando un libro captó mi atención, *Lucian*, una obra de la autora alemana Isabel Abedi.

No tendría palabras para explicar todas las emociones que me hizo sentir aquel libro que llevaba años en la estantería de mi hermana y al que yo jamás le había puesto atención. Aquí fue que durante el confinamiento descubrí mi pasión por



la literatura con los principales géneros de fantasía y misterio, a este último le presté mucha atención, haciendo que me interesara por casos de asesinatos e incluso a saber cómo expresarme en determinadas situaciones. Es en ese momento cuando la literatura me abrió la puerta hacia la carrera de Derecho, donde descubrí lo que realmente quería, pero también desató otros intereses en mí.

No sabría con exactitud cuántos libros he leído o cuántos tengo, pero han sido realmente muchos, en su gran mayoría fantásticos, pero hubo otros que me dejaron con un vacío enorme, sintiendo que faltaba algo, y es cuando empecé a escribir mis propias historias durante el confinamiento.

Recuerdo perfectamente que en el tiempo de la cuarentena había muchos comentarios en internet de que esta era la generación perdida, pero puedo asegurar que realmente no es así, somos la generación que ha progresado, que se ha quitado los grilletes de oro que teníamos, abriendo paso a cosas nuevas en donde todos encontremos nuestro camino, sin necesidad de preocuparnos por el qué dirán y eso es lo que realmente aplico ahora. Cuando escribo, siento que estoy realmente en ese mundo de fantasía y que puedo hacer lo que yo quiera.

Con esta anécdota trato de dar a conocer cómo me encontré a mí misma, qué era lo que me gustaba, lo que me disgustaba y, sobre todo, que por fin pude saber quién era yo. Estoy realmente satisfecha de todo lo que he logrado desde el con-



finamiento y, por ende, dejó una pequeña frase de la historia que estoy escribiendo:

“Larga vida a la reina: ‘los ángeles lo llaman placer divino, los demonios sufrimiento infernal y los hombres amor’.”

# Mi vida en tiempos de COVID

Sergio Yahir López Cruz

**C**ómo fue mi vida a lo largo de esta pandemia... recuerdo antes de que todo esto ocurriera, hace casi dos años, cuando ir a clases era lo más común y seguro, cuando salir a la calle era una manera de tranquilizarme, o el salir con amigos a socializar representaba una manera de pasar el tiempo.

Al escuchar sobre esta noticia del COVID, me daba cuenta que era una enfermedad que se encontraba en el otro lado del mundo y, entre risas, burlas e incredulidad, escuchaba que era una falsedad, una exageración o que no podría llegar a este lado del globo y, por mi propio juicio, daba fe de que “en el siglo XXI sería imposible que hubiera otra pandemia de escala mundial”.

Qué equivocado estaba, seguí el caso por averiguar cómo los gobiernos darían solución y evitarían que se expandiera, pero por grandes negligencias, la enfermedad se expandió de manera más



drástica que la última gran plaga que fue la peste bubónica. Lo último que recuerdo fue: “primeros casos de COVID-19 en México”.

En el momento en que se registraron casos activos en México se inició una bola de nieve por lo infecciosa que es la enfermedad, fomentada por la negligencia que tenemos los mexicanos, en eso incluyo a la gran mayoría de conocidos que tengo, incluso mi familia. Consciente de los peligros que esto suponía, intenté por todos los medios hacer conciencia entre los que conocía sobre esta enfermedad, ya que no era un tema que podía tomarse a la ligera.

Aun con todo esto, mantenían una postura de incredulidad de los efectos y peligros que esta nueva enfermedad traía consigo; aunque lo intenté, fallé con mi intento de lograr que tomaran las medidas preventivas necesarias, pero cuando hoy en día me pongo a reflexionar, me doy cuenta que era una posibilidad muy baja el lograr que tomaran conciencia de lo que estaba ocurriendo, debido a que tanto mi familia, así como conocidos de la comunidad indígena náhuatl Coire, por la dificultad de comunicación y el bajo nivel de escolaridad, muchos tomaron a este creciente riesgo como una “simple gripe” que se podría curar con un té de canela y un baño en salmuera, aunque nunca pensé que nuestro modo de vida nos ayudaría a mitigar los efectos de la pandemia.

El clímax de mi experiencia con el COVID fue hace un año cuando di positivo a la enfermedad,



esto llevó a que mis padres, en especial mi madre, me cuidaran de manera intensiva; aunque los síntomas no eran drásticos, ella me cuidó en contra de mis deseos, puesto que me encontraba en la postura de que debía mantenerme en cuarentena durante los 14 días dispuestos por el sistema de salud del gobierno. Negó cualquier situación de contagio, en la cual me mantenía aislado de todos, siendo la que se encargaba de darme los alimentos y medicamentos; nunca usó una mascarilla ni equipo necesario, con la excusa de: “no le tengo asco a mi propio hijo”.

Yo adoro a mi madre, pero me frustraba que no se cuidara, preocupado de que se infectara, aunque jamás escuchó mis suplicas. Mi recuperación fue rápida, pero mi mayor miedo se cumplió, pasados nueve días mi madre dio positivo a COVID, con esto sentí una impotencia y frustración debido a que el único motivo por el cual se había infectado fue por cuidarme. Desafortunadamente, también terminó infectando a mi padre. Ahora haré de conocimiento que tengo dos hermanos menores: un niño de seis años y una niña de 12, los cuales quedaron al cuidado de un familiar para evitar que también terminaran infectados.

Mi madre sufrió síntomas muy drásticos, el momento más oscuro fue una mañana cuando en un momento empezó a hiperventilar y exclamaba que “le faltaba el aire”. Siendo que su respiración se estaba viendo comprometida, conseguimos el equipo necesario para darle oxígeno y con esto



se mantuvo su respiración durante dos días; aplica explicar que el caso más grave en mi familia fue mi madre, siendo la única que sufrió complicaciones para respirar, lloré demasiado, invadido por una cólera y frustración, consciente de que el motivo de que mi madre estuviera sufriendo era yo. Casi 10 días después, mi madre ya no tenía ningún síntoma y esa pesadilla terminó. Doy gracias a Dios por cuidar de ella.

Cursaba el cuarto semestre del bachillerato 19 en la Universidad de Colima, cuando se tomó la decisión de detener el modelo educativo presencial y sustituirlo por un modelo de trabajo en línea debido a la contingencia sanitaria. Con esto llegaron ciertos beneficios, pero también grandes dificultades en lo personal; debido a mi zona de residencia, los servicios de comunicación se encuentran muy limitados, ya que no tenemos cobertura de ninguna compañía de celular y el servicio de internet que allí existe es muy deficiente, sumado a la agresiva introducción de plataformas poco intuitivas con las que nuestra experiencia era deficiente. El sistema de clases virtuales limitaba nuestra posibilidad de resolver dudas e incógnitas y esto provocó un gran retroceso en todos los niveles escolarizados.

Por estas dificultades reprobé el semestre, pero eso me llevó a una mejor adaptación hacia la dinámica de trabajo por parte de los maestros, de igual manera la mejora en el uso de las plataformas, las cuales utilizaba cuando regresé a cuar-



to semestre. Actualmente me encuentro en sexto grado y relatando esta experiencia que viví, a unos pocos días de recibir el certificado de bachillerato, con mi proceso de admisión a la Universidad en proceso.

Este certificado para la gran mayoría sólo es el fin de una etapa, pero, personalmente, es un recordatorio de que todo cambia, que nada es seguro y, por ende, nada está definido. Que lo que quiera lograr es sólo cuestión de esfuerzo y dedicación. Este certificado es el símbolo de que sobreviví a la pandemia y de que en ella logré adaptarme y superarme, demostrando que entre más oscuro y complicado es el trayecto, el final será más brillante y dulce.

*Mi vida en tiempos de COVID*, de varios autores, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, México, <http://www.ucol.mx>. La edición digital se terminó en mayo de 2023. En la composición tipográfica se utilizó la familia Gill Sans MT. Programa Editorial: Eréndira Cortés Ventura. Gestión Administrativa: Inés Sandoval Venegas. Diseño de portada: Adriana Vázquez. Cuidado de la edición: Leticia Bermúdez Aceves. Diseño de interiores: José Luis Ramírez Moreno.

Acércate. Te invito a conocer un mundo de letras, un mundo de relatos que nos atañen a quienes vivimos la pandemia de COVID, es decir, a la humanidad entera. Mi vida en tiempos de COVID es una compilación de relatos que dejan registro de este acontecimiento histórico. Se trata de textos escritos por integrantes del estudiantado de bachillerato de la Universidad de Colima, quienes con creces respondieron a la convocatoria emitida en 2022 por la Dirección General de Publicaciones y la Dirección General de Educación Media Superior.

Ante tu mirada tienes aquellos relatos que, después de una ardua deliberación del jurado, resultaron seleccionados. Conocerás narraciones que exponen la realidad en su más fascinante y a veces terrible transparencia; o bien, historias atravesadas por la ficción que potencian nuestra capacidad de experimentar el mundo sensible.

*Miguel Ángel León Govea*



UNIVERSIDAD DE COLIMA